

Mr DAMON

A man with a beard, wearing a white shirt, a dark tie, and blue jeans, is sitting in a chair in a library. He is reading a newspaper. To his right, on a small round table, is a vintage typewriter. The background is filled with bookshelves containing many books.

Noah Evans

Mayte es contratada para traducir las novelas de Thomas Damon, el famoso maestro literario del terror. Aunque no está en su mejor momento personal, acepta el trabajo y se traslada al peculiar castillo donde vive el escritor. Pronto se da cuenta que su golpe de suerte tendrá consecuencias y que los monstruos del castillo no son los únicos que la rodearán en su nueva aventura. Pues nadie en el entorno de Damon, en lo profesional ni en el ámbito personal, parece estar conforme con su presencia ni las razones de su contrato.

Thomas Damon es uno de los autores más leídos del mundo. Recién nombrado Sir por la reina de Inglaterra, vive en un castillo decorado con gárgolas y los mismos monstruos que llenan sus novelas. Desconfiado de que se filtren sus trabajos inéditos, sigue la recomendación de su arquitecto y amigo Mr Lyon, y contrata a Mayte para la traducción de su última novela. Corrección, discreción y profesionalidad es lo que espera de su nueva traductora. Pero Mr Damon no esperaba encontrar algo más en aquella mujer empeñada en alcanzar la excelencia y la aloja en la suite más emblemática de su castillo, algo que hace que todos comiencen a mirar a Mayte con otros ojos, ya que él nunca permite que nadie se acerque demasiado al solitario mundo que una vez creó en su cabeza y lo llevó a la fama. Pero solo Damon sabe que no fueron únicamente los monstruos los que llenaron sus sueños.

*A la familia Noah, mis Hadas Madrinas, que han
hecho que esta locura sea posible.*

Preámbulo

No se había hecho ilusiones con aquel imbécil, pero que la ningunearan de aquella forma no le gustaba. No se había enamorado y sabía que aquella relación era pasajera y no iría a ninguna parte, pero que un día decidiera pasar de ella y de inmediato colgara fotos en *Instagram*, rodeado de nuevas amigas, le repateaba el culo.

–Capullo –le dijo a la pantalla del móvil y lo lanzó sobre la cama.

Enseguida este emitió un extraño sonido. Sabía que era hora de cambiar de móvil, estaba hecho una pena.

Se acercó a él para comprobar si aquel capullo le había puesto algo más en el *WhatsApp*, pero, no, eran las unicornio hablando de algo de manera efusiva.

–Mayte, te he visto en línea. No te escapas. –Era la voz de Vicky.

Mayte se mordió el labio inferior. Cada vez intervenía menos en el chat. Era cierto que las leía y las escuchaba, los mejores ratos de su día a día. Pero no estaba dispuesta a detener las risas de sus amigas para contar sus miserias.

Como traductora independiente sus encargos habían disminuido hasta el punto de decirle al casero que rescindía el contrato de alquiler. Regresaba a Madrid a casa de sus padres. Ya desaparecido «el imbécil», no merecía la pena agotar sus ahorros en el caro alquiler de Barcelona. En Madrid podría seguir trabajando desde casa en lo que le saliese, lo justo para pagar su cuota de autónomos y seguir ahorrando. Aprovecharía para seguir formándose,

aunque ya no se le ocurría nada más que estudiar que le motivase.

En el periodismo se había rendido y tampoco es que tuviese gran vocación, al menos en traducción podía sacar algo de dinero y trabajar por su cuenta. Ya pasados los treinta, sentía que las mejores oportunidades de trabajo habían pasado de largo.

–Venga, Mayte, cuéntalo. El capullo te ha echado unos cuantos polvos y se ha pirado a pinchar a otras, ¿me equivoco? –La voz rotunda de Natalia la hizo tragar saliva. Le daba un mal rollo de la leche cuando era tan específica en sus aciertos.

–A veces pienso que nos pones microcámaras en el culo a las tres –respondió, apoyándose en la cama.

–Mayte. –Era la voz de Vicky de nuevo–. El día que te acerques el *puto* móvil a la boca cuando grabes un audio podremos oír lo que dices.

–No os tengo puestas cámaras, pero le he cotilleado el *Instagram* y lo he visto de fiesta. Y no me sorprende. Ya te lo avisé. Lleva menos de un año divorciado, una relación de demasiados años. La última vez que estuvo sin compromiso fue con... ¿veinte? La mayoría de tíos cuando se divorcian retroceden a la edad mental de antes de esa relación fallida. Como si hubiesen estado en una burbuja del tiempo, ¿entiendes? De todos modos, tampoco me gustaba para ti. Tú eres otro nivel, no estaba a la altura en ningún sentido. Además, tampoco te he visto muy ilusionada, así que... ¡qué le den!

–Si no estoy molesta del todo, pero... –suspiró–. Estas cosas no me ayudan, ¿entiendes? Vuelvo a Madrid con mis padres.

–Eso lo siento más, pero no lo consideres un fracaso. Simplemente será otro cambio, quizás a mejor.

–Yo creo que te vendrá bien un cambio de aire –le decía Vicky –. Piensa en positivo.

–Es difícil pensar en positivo cuando los años pasan y sigues caminando sin llegar a ninguna parte –resopló.

–Venga ya, eres joven. Tienes tiempo de sobra.

–Sí, eso me decís siempre. Pero el tiempo pasa y sigo estancada. Ya vendrá un trabajo estable, ya vendrá el hombre idóneo. Pero la realidad es que no estoy ni siquiera cerca de tener un trabajo estable y tengo una edad en la que los hombres o están cogidos o bien vienen de vuelta de una relación fallida y traen una tara de narices. Empiezo a estar hasta los *cojones* de seguir caminando.

Se hizo el silencio. Era extraño que después de un audio así ninguna respondiese. Su móvil emitió la señal de llamada. Era Claudia, la única que no había intervenido en la conversación.

–Dime –le dijo.

–Mientras tú te lamentas de tu «desgraciada, fracasada y aburrida vida» yo he estado moviendo hilos para que tu suerte se dé la vuelta.

Cerró los ojos y tuvo que reír al escucharla. No sentía que nada pudiese cambiar su situación.

–¿Qué te parece otra vez Londres? –preguntó con ironía.

Mayte negó con la cabeza y su risa aumentó.

–No creo que ya tenga edad de niñera.

–¿Niñera? No lo había considerado así. –La voz de Claudia era tan fresca como siempre–. Vale, pues niñera de un tío de treinta y ocho. ¿Te vale?

Frunció el ceño con sus palabras.

–Un escritor necesita una traductora de magnánima confianza.

–Un escritor. –Si Claudia estaba de broma, no era el momento.

–Uno bastante peculiar, por cierto. Es cliente y amigo de Christopher. De hecho, le pidió uno de los trabajos más complejos de los que lleva hasta ahora y mira que sus

clientes le piden cosas que ni imaginas. No te puedes hacer una idea.

–Puedo hacer una traducción desde aquí, no necesito ir a Londres.

–Sí, sí necesitas venir a Londres, es uno de los requisitos para hacer el trabajo. Trabajarás desde su casa, no quiere e-mails ni nubes ni nada donde se puedan filtrar sus escritos.

No era la primera vez que oía algo similar, algunos escritores eran tremendamente desconfiados. Pero solían serlo los escritores de renombre, los que a veces eran víctimas de hackeos para filtrar sus lanzamientos multimillonarios. Aunque estaba sumida en una especie de limbo existencial y las palabras de Claudia sonaban a algo irreal, no pudo evitar tener un halo de curiosidad.

–¿Quién es? –Si no era una broma, sonaba interesante.

–Thomas Arthur Damon.

La saliva se le fue por el lado incómodo de la garganta, se le cortó la respiración y comenzó a toser. Buscó una botella de agua que siempre tenía cerca de su escritorio. Claudia esperó paciente a que se recuperase sin emitir ningún sonido, ni siquiera su contagiosa risa. Por eso no creyó que fuese una broma.

Bebió agua y el picor de la garganta se aplacó levemente. Tenía los ojos llenos de lágrimas de la tos. Al fin pudo coger aire.

–¿Ya? –preguntó Claudia tranquila.

–¿Es broma? –Un segundo sorbo de agua le ayudó a terminar de calmar su garganta. Necesitaba un caramelo de regaliz con urgencia.

–No, no es broma. Christopher le ha hablado de ti y está conforme. Ser amiga mía te da un aval de importancia, ¿sabes? –Esa vez sí se escuchó la característica risa irónica de Claudia—. No es que mi marido se fíe mucho de un unicornio, pero dice que tú eres la única que recomendaría a un amigo sin lamentarse. –Su risa aumentó—. A estas

alturas aún no sabe que una unicornio siempre será una unicornio.

Mayte alzó las cejas. Era cierto que era la más correcta de las cuatro. Al menos tenía más paciencia, su frescura había mermado con los años y en cuanto a madurez estaba a años luz del resto si no probaba el vodka.

—¿Y por qué yo? Quiero decir, podría tener a los mejores.

—Tú eres la mejor. —Se oyó una pedorreta—. Vale ya de esos complejos de inferioridad. No podría encontrar otra traductora más de confianza que tú. Y ya has hecho muchas traducciones, así que será una más.

—¿Una más? ¿Sabes los millones de libros que vende ese tío?

—Traducir es traducir, qué más da. Un periódico, un libro, una etiqueta de champú...

—Qué sencillo lo ves siempre todo.

—Es que es sencillo. Vienes a Londres, te instalas en una mansión de narices, traduces y te apuntas una medalla en el currículum de por vida.

Mayte se miró en el espejo. Si en aquel momento Thomas Damon la viese, estaría muy lejos de querer contratarla. Tendría que ordenar su ropa, correr a hacerse las mechas, un *lifting* de pestañas y comprarse más ropa de abrigo. Londres no era precisamente cálido.

Se llenó la boca de aire y resopló.

—No sé si me estás dando la oportunidad de mi vida o me estás metiendo en un marrón que terminará hundiéndome por completo.

—¿Ves? Tienes un problema. Es una oportunidad de oro y ya estás buscándole la parte negativa. Por suerte en Londres me tendrás cerca.

Mayte hizo una mueca.

—No sé si eso me tranquiliza o me pone peor.

Aunque por otro lado Claudia no era la peor unicornio. Si fuese Vicky la que viviese en Londres, cerca de un traba-

jo como ese, echaría a correr hacia La Polinesia.

–Ya he aceptado en tu nombre –añadió Claudia–. Le he dicho que es un honor para ti.

–¿Cómo?

–¿No es un honor?

–Sí, pero... ¿ni siquiera tengo tiempo para pensar?

–¿Tú? ¿Tiempo para pensar? Cuanto más tiempo te dé para pensar más negativa te pondrás. Así que ve haciendo las maletas que te vienes a Londres. ¿Te recojo en el aeropuerto?

–Maletas. –Miró a su alrededor, aquello no podía estar pasando–. ¿Así, tan rápido?

–*Joder*, Mayte, acabas de decir que ibas a hacer las maletas para irte a Madrid. Pues hazlas y coges un avión. No cambia nada, solo el destino.

Se dejó caer en la cama.

–Lo cambia todo. Acabas de ponerme patas arriba.

–¡Anda ya! Ve recogiendo que voy a contárselo a las locas.

–No, no. La van a liar.

–Claro que la van a liar. –Se oyó de nuevo la risa de Claudia–. Lo vamos a pasar en grande.

–Claudia, no... –Su amiga colgó.

Se giró, colocándose bocarriba, y se llevó la mano a la frente.

No me lo puedo creer.

1

Notó el móvil vibrar en su bolso durante todo el trayecto desde el aeropuerto hasta la casa de Mr. Damon.

Por más que intentaba no meditar sobre su golpe de suerte, y lo que significaba traducir a uno de los escritores más leídos del mundo, no podía evitar que la sensación de piernas flojas se le terminara de pasar del todo. A veces un verdadero pánico la invadía, el no estar a la altura de lo que se esperaba de ella. Ella no había escalado poco a poco en su profesión, era cierto que como traductora independiente comenzaba a hacer trabajos cada vez más importantes, pero eso eran palabras mayores.

Estaba en contacto con la editorial que publicaría la novela en español para todo el mundo hispanohablante. Ella, una humilde traductora independiente. Si Mr. Damon quedaba contento con ella, podría traducir sus libros futuros. Incluso, si dejaba su mente divagar, podría hacerse su traductora personal, algo que sabía que ocurría en otros casos. Fuera como fuese, si lo hacía bien no le faltaría trabajo en el gremio. Un trabajo con tanta difusión era una medalla en su currículum que solo tenían unos pocos.

Cerró los ojos mientras el taxi pasaba por carreteras que no conocía a pesar de su pasada vida de Au pair. Había regresado a Londres en varias ocasiones, siempre a visitar a Claudia. Era gracias al marido de esta, el señor Lyon y su relación con el escritor, por lo que la habían llevado hasta allí.

Su móvil vibró de nuevo. No hacía falta mirarlo para saber quiénes no dejaban de hablar. Siempre eran ellas, su móvil no solía sonar por ninguna otra razón. No era de muchos amigos, al menos no con los que tuviese la confianza suficiente como para contarles su proyecto.

Era bastante reservada para esos asuntos. Siempre tuvo la sensación de que si contaba un proyecto que le ilusionaba, y cuyo resultado estuviese en el aire, este fracasaría o se esfumaría.

Resopló, un atasco impedía que el taxi avanzase más rápido. No quería retrasarse aunque no dependiese de ella. Tenía que ser correcta y cumplir. Era demasiado importante para ella hacerlo bien. No podía echar a perder una oportunidad como aquella. Ni mucho menos dejar a quien la recomendó en mal lugar. Tenía mucho que agradecerle a los Lyon.

Sentía una leve punzada constante en el pecho. Era una presión que acababa en un pinchazo para desaparecer y regresar de nuevo. Llevaba unos días así, sobre todo por las noches. Ansiedad que contrarrestaba con pastillas.

El cielo de Londres era grisáceo, ya conocía bien el clima británico y llevaba la ropa adecuada para no pasar frío ni calor. Algo que aprendió en sus estancias anteriores.

Se miró las piernas. Unos pantalones de un tono tostado oscuro, algo más oscuros que su abrigo largo. Y un jersey de cuello vuelto en beige. Colores neutros para dar buena impresión, sencilla, regia. Había dudado durante todo el día anterior si ponerse aquella ropa u otra similar de color gris marengo. Desde que firmó el precontrato con Mr. Damon había entrado en un bucle de pánicos e inseguridades con absolutamente todo.

Ya no era una niña, ya pasados los treinta no podía jugársela a un tonto error por mínimo que fuera. Pronto sus mejores años laborales pasarían y con ellos se mermarían las posibilidades de conseguir algo estable. Una inestabilidad que hacía que su inseguridad aumentase. Nunca, en

ninguna de sus visualizaciones de futuro, se imaginó que con aquella edad estaría sin trabajo fijo, sin pareja y aún perdida en una vida sin rumbo pero con la madurez suficiente para ser consciente de todo ello.

Sus amigas, aquellas que hacían que su móvil no dejase de vibrar, habían hecho su vida cada una a un lado del mundo. Todas tenían una profesión estable, una vida encaminada y una familia. Ella, sin embargo, había quedado atrás, descolgada. Quizás era la razón por la que no solía intervenir tanto en el chat como el resto.

Alzó levemente la mano para mirar su pulsera, el unicornio colgaba de ella. Ella era la unicornio diferente. Giró el colgante, su nombre estaba allí grabado como estaban los del resto en sus respectivas pulseras.

Una unicornio siempre será una unicornio.

No tendría que estar temblando por su golpe de suerte. No tendría que estar ignorando los mensajes de ánimo de sus amigas. Natalia siempre decía que si lograba controlar los pensamientos en positivo y detener todas las visualizaciones de fracasos futuros, la ansiedad se calmaba y la seguridad lograba parar el temblor de las piernas. La seguridad era una habilidad que se obtenía al practicarla. Cuanto más tiempo la consiguiera mantener más difícil sería tumbarla. Y todas sabían que Natalia siempre llevaba razón.

Una parte buena de lo que estaba por venir era que Claudia vivía a menos de media hora en coche. Tener a alguien como Claudia cerca siempre era algo positivo si lograba no dejarse arrastrar por ella. Ese era el peligro de sus amigas. Ellas eran capaces de arrastrarla sin remedio. Movié la muñeca para que el unicornio se moviese.

Una unicornio siempre será una unicornio.

Sonrió al pensarlo. La tierra, su elemento, perdía la gravedad cuando los cuatro elementos se unían. Sacó el móvil para leer las burradas que andarían diciendo.

«¿Ya has llegado a la casa del *juntaletras mojabragas?*»

De los cientos de mensajes que había sin leer su cabeza se fue enseguida para ese de Vicky. Se llevó la mano a la sien.

«No empecéis con los nombres alternativos que después coincido con él y se me vienen a la cabeza, me entra la risa floja y Christopher dice que parezco lela», decía Claudia.

Madre mía la que me espera con estas.

Negó con la cabeza. Lo peor de todo era que todas eran conscientes del estado de ansiedad en el que se encontraba. Pero parecía que había cosas más interesantes que su estado anímico.

«Echa una foto del castillo cuando llegues», le pidió Natalia.

«Que le den al castillo, que pase la foto del *juntaletras*».

«Creo que aún no sois conscientes de que he venido aquí a trabajar», respondió.

«Sí, pero quiero comprobar si la solapa de los libros tiene más *Photoshop* que *Instagram* y es un coco. Se nos cortarían todo el rollo, con lo entretenidas que estamos».

Alzó las cejas.

«Por una vez estoy de acuerdo con Vicky».

Con su misma edad y ya madres las tres y aún parecían adolescentes en aquel chat.

«No he llegado todavía».

«Estoy nerviosa hasta yo», decía Claudia.

«La foto, Mayte, la foto».

El taxi se detuvo y se sobresaltó. Giró la cabeza enseguida hacia la ventana. Entornó los ojos. Inconscientemente se llevó el móvil a la boca para grabar con claridad, consejo de Vicky cuando le envió aquel móvil enorme con cámaras que sacaba selfis en los que se veían hasta los poros dilatados de las mejillas.

—Acabo de llegar, luego os leo.

La verja era de hierro, barrotes negros y una ornamentación de metal dorado rodeaban cada barrotes emulando espinos. En el centro un círculo y las iniciales del amo del castillo.

Thomas Arthur Damon.

Aquellos pinchazos en el pecho se hicieron intensos.

Ay, madre. En la que me he metido.

Abrió la puerta del taxi. Aquella casa estaba en un camino cuyas casas enormes estaban demasiado distanciadas unas de otras, lo que quería decir que cada terreno era tremendamente extenso.

Tal y cómo se veían en las fotos de Claudia, Christopher Lyon había construido para el escritor un castillo, en proporciones de mansión, de fachada gris oscuro casi negro y una extraña ornamentación con gárgolas y figuras demoniacas.

Un audio saltó de manera automática.

—¿Qué te parece el castillo encantado? —Sonó la voz de Claudia y enseguida se apresuró a silenciarlo mientras el taxista colocaba las maletas junto a ella.

Mayte le tendió la tarjeta al hombre para que le cobrase.

Ay, en la que me he metido de gorda.

Miró el taxi con ganas de implorar que la llevase de nuevo al aeropuerto. Aquel trabajo le quedaba grande. Mr. Damon le quedaba grande. No se sentía capaz ni siquiera de llamar a la puerta y entrar, aún menos de comportarse allí dentro y trabajar.

Pero el taxista le devolvió la tarjeta y se marchó.

Aquel lugar olía a tranquilidad, un total silencio alejado de la ciudad, de tiendas y lugares concurridos a los que estaba acostumbrada. Un silencio que hasta le molestaba en los oídos.

Buscó en tanta ornamentación grotesca algún dispositivo para llamar. Lo halló al lado derecho. Como no podía ser de otra manera, el timbre estaba en una especie de

garra de bestia. El sonido de un piano de iglesia dando unas notas siniestras le indicó que funcionaba tan bien como los timbres de última generación. Con lo cual dedujo que también tendría cámara, así que se irguió esperando no tener cara de lela.

Aunque qué cara se puede tener ante una casa como esta.

La verja se abrió de forma automática produciendo un chirrido, como si llevara años sin abrirse. Lyon no había dejado ni un detalle atrás.

Mayte cogió aire, agarró ambas maletas y las hizo rodar hacia dentro. Lo peor de aquellas mansiones era el trayecto que había que andar hasta llegar a la casa.

Supuso que alguien la observaría a través de las numerosas cámaras de seguridad que habría y se mantuvo firme a pesar de encontrarse en un siniestro jardín donde los setos tenían formas extrañas que le recordaron a los jardines de la mansión de la película de *Eduardo Manostijeras*. Los jardineros que podaban aquellos setos eran unos auténticos artistas porque eran capaces de dar una forma tremendamente realista a aquellas bestias que salían del suelo.

Esto da un mal rollo de la leche.

Al fin llegó al portón doble de madera con tachuelas doradas y el mismo símbolo de Thomas Arthur Damon. Esta vez era un llamador manual antiguo. Lo agarró con la mano. Sonó fuerte, un sonido seco que retumbó en la entrada. Lamentó haberlo hecho demasiado fuerte, la culpa la tenía tal sensación de ligereza en la mano que la hizo moverla con demasiado ímpetu para que no se notase su verdadero estado. «Sobreactuar» lo llamaba Natalia. Siempre la acabaría cagando y sería aún peor.

Aunque en aquel ambiente se esperaba que le abriese la puerta el mayordomo del conde Drácula, le abrió una mujer que le sonrió enseguida. Era poco mayor que ella, unos y treinta y cinco, con un abundante pelo ondulado